Kalulu

3

Kalulu y el superpoder de la lectura

Kalulu era una liebre inquieta y curiosa. Le encantaba explorar el bosque y descubrir cosas nuevas. Un día, mientras saltaba entre los árboles, llegó a un campo donde vio a un grupo de niños sentados alrededor de unos extraños objetos rectangulares. Intrigado, se acercó sigilosamente para observar.

Los niños miraban atentamente las páginas que había adentro de esos objetos y pasaban sus dedos sobre ellas. A veces reían, otras fruncían el ceño con concentración. Kalulu no entendía qué hacían, pero parecía divertido.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Kalulu, curioso.

—Estamos leyendo cuentos —dijo uno de los niños con entusiasmo—. Nuestra maestra nos enseñó a leer.

Kalulu miró con atención las páginas, pero solo vio extrañas marcas negras. No parecían ni dibujos ni senderos a seguir. ¡Qué misterio!

—¿Yo también podría aprender? —preguntó con ilusión.

Los niños sonrieron y le dijeron que sí. A la mañana siguiente, Kalulu se despertó muy temprano y corrió hasta la escuela. Se sentía un poco nervioso. ¿Sería capaz de aprender como los niños?

Pero la maestra Romina lo recibió con una gran sonrisa.

—Bienvenido, Kalulu. Si practicás con paciencia, vas a poder leer como todos.

Kalulu trabajó día tras día. Aprendió las letras y sus sonidos. Al principio le costaba unirlas, pero poco a poco todo empezó a tener sentido. Hasta que un día, pudo leer su primer cuento solo. ¡Qué alegría!

Pero lo más emocionante no era solo leer historias. Kalulu descubrió que en los libros también podía aprender cosas nuevas. Leyó sobre jardinería y aprendió a plantar

zanahorias y rábanos. Descubrió cómo construir una pequeña cabaña con ramas y hojas. Con los libros, Kalulu podía aprender a hacer cosas nuevas.

Los cuentos también lo hacían reír, como a los niños que había visto aquel primer día. Pero sus favoritos eran los de aventuras. Le fascinaba leer sobre héroes valientes que exploraban tierras desconocidas.

Un día, mientras terminaba de leer un libro de exploradores, Kalulu comprendió algo importante. La lectura era un "superpoder". Con ella podía viajar sin moverse del bosque, aprender cosas increíbles y divertirse como nunca antes.

Ahora, Kalulu quiere compartir este poder con todos. ¡Quiere que todos los niños y animales aprendan a leer para que también descubran el maravilloso mundo de los libros! ¡Vos también podés tener este superpoder!

Octavio, el perezoso

Octavio es un perezoso que vive con su abuela Roxana. Los perezosos duermen todo el día colgando de una rama. Por la noche, la abuela Roxana trata de despertarlo. ¡Imposible! Lo llama a gritos, lo zarandea, pero Octavio duerme profundamente.

La abuela ya no sabe qué hacer con Octavio ¡Es tan perezoso y dormilón! Ella le pide que le ayude a mantener limpia la casa y a conseguir comida, pero Octavio solo busca oportunidades para dormir.

Un día, la abuela Roxana visitó a mamá erizo, su vecina.

—¿Qué puedo hacer con Octavio? —le preguntó—. Duerme todo el día y es tan lento, que no termina nunca sus tareas.

A la mamá erizo se le ocurrió invitar a Octavio a pasar unos días con su familia. La abuela Roxana, que estaba desesperada, aceptó. Cuando la abuela Roxana volvió a

casa le dijo:

—Octavio, ya estoy cansada de que seas tan perezoso y no me ayudes en casa. Así que he decidido que ahora vas a vivir con la familia erizo.

Octavio protestó, pero muy poco, porque le dio pereza discutir. Llegó a casa de los erizos y se dispuso a dormir.

Entonces se encontró con un grave problema y es que los erizos viven en una madriguera, que es un agujero en la tierra.

—¿Dónde hay una rama para que yo pueda dormir? —preguntó Octavio.

—¿Dormir a esta hora? —dijo papá erizo—. La noche apenas empieza y hay mucho que hacer. Vas a dormir, como todos nosotros, cuando amanezca.

A Octavio no le gustó la idea, pero no había escapatoria: tuvo que ayudar a los erizos con sus tareas del hogar.

Cuando por fin llegó la hora de descansar se dio cuenta de que los erizos duermen juntitos y hechos bolita. No logró pegar los ojos. Cada vez que intentaba dormir acurrucado lo pinchaban las púas de Enrique, su compañero de cuarto.

Desvelado y hambriento se consoló pensando en un rico desayuno. Sin embargo, se llevó una nueva sorpresa. Mamá erizo preparó unos insectos, la comida favorita de los erizos. Octavio hizo su mejor intento, pero no pudo comerlos.

Con misteriosa determinación, Octavio salió rápidamente... Bueno, tan rápido como puede moverse un perezoso. Al encontrar a su abuela le rogó.

—¡Abuela Roxana, déjame volver con vos por favor! Voy a ayudar en casa y voy a traer la comida que vos me pidas. Pero no vuelvas a mandarme con la familia erizo.

La abuela fingió que lo pensaba un poco, pero en realidad lo extrañaba mucho.

—Está bien, —dijo al fin—, pero si volvés a tus malos hábitos vas a tener que mudarte con los erizos.

Lo que Octavio no sabe es que la mamá erizo le regaló a la abuela Roxana algunas púas que le recortaron la última vez que visitó el salón de belleza. Todo lo que tiene que hacer si Octavio no despierta es pincharlo un poquito con ellas.

Nancy, la nutria principiante

Nancy es una nutria joven. Ella y su familia viven cerca del agua. Natalia y Nicolás, sus hermanos, son excelentes nadadores. Nancy quería ser como sus hermanos. Le gustaba ver el agua moverse desde la orilla, pero le daba miedo meterse. Su mamá le insistía todos los días con que tenía que nadar.

La constancia ayuda a lograr las metas, le dice su mamá.

Nancy siguió el consejo de mamá y empezó a nadar todos los días. Al principio se quedaba cerca de la orilla, pero poco a poco fue adentrándose más y más en el agua.

Una tarde mientras ella practicaba, sus hermanos jugaban en la parte más profunda del río. De pronto, se escucharon unos gritos. Nicolás se golpeó con una roca y Natalia no era lo suficientemente fuerte para arrastrarlo hasta la orilla.

Sin pensarlo, Nancy nadó hacia donde estaban sus

hermanos y ayudó a Natalia. Juntas rescataron a Nicolás.

Su mamá llegó justo a tiempo para verlos salir del agua, sanos y salvos. Todos abrazaban a Nicolás y a Nancy, pero ella no entendía por qué.

—Nancy, —le dijo mamá—, vos nadaste hasta la parte más profunda y lograste ayudar a tus hermanos.

Gracias a tu constancia ahora sos una nutria experta.

Ahora Nancy sabe nadar y pescar. Ella nada con sus hermanos en la parte más profunda porque ya no tiene miedo. Además, Nancy es la maestra de las nutrias bebés. Con paciencia y cariño, les enseña a perder el miedo al agua.

Todos admiran la constancia de Nancy. ¡Nancy pasó de ser la nutria principiante a ser la nutria maestra!

Paco, el papagayo paseador

Paco es un papagayo. Los papagayos son loros grandes y muy inteligentes. Paco tiene un pico curvo y fuerte. Su plumaje es muy vistoso porque sus colores son muy atractivos. Paco puede volar y trepar por las ramas de los árboles frondosos con gran habilidad.

Paco, el papagayo, llegó al parque natural hace unos años. Él pensó que ahí no había otros papagayos. Por eso, se sentía muy solo. Para animarse, daba largos paseos por el parque. Un día mientras Paco paseaba creyó ver una flor de bellos colores. Pero cuando se acercaba, la flor parecía alejarse.

—¡Qué extraño! —pensó Paco.

Cada tarde Paco paseaba en el mismo lugar, esperando encontrar a la bella flor escurridiza. A veces creía verla tan cerca que casi podía tocarla. Pero, mientras más sigiloso era Paco, más se alejaba la misteriosa y colorida flor. Pronto se dio cuenta de que pasaba todo su tiempo

paseando y buscando a la flor de bellos colores. Sus amigos empezaron a llamarle Paco, el papagayo paseador.

Un día, Paco estaba muy desanimado y empezó a cantar con tristeza. De pronto, vio a la hermosa flor. Paco siguió cantando mientras ella se le acercaba. La flor parecía estar volando hacia él. Por fin se dio cuenta de que no era una flor. ¡Era un papagayo como él!

Paco bailó y cantó mostrando sus hermosas plumas. Eso hacen los papagayos para enamorarse. La flor-ave, que se llama Paula, se enamoró de Paco.

Paco y Paula formaron una familia de papagayos. Ellos tienen un bebé llamado Paquito. Paco y su familia son felices en el parque. Ahora, Paco pasea por todos lados probando y buscando pedazos de papaya, sandía y peras para llevarle a Paquito y a Paula.

Luisa, la lagartija azul

En una isla lejana, vivía una lagartija muy especial llamada Luisa. Luisa era única porque, a diferencia de las otras lagartijas que eran verdes, ella tenía la piel de un color azul brillante como el cielo. A Luisa le daba vergüenza tener una piel tan diferente y por eso no hablaba mucho con las otras lagartijas de la isla.

Era muy escurridiza. Caminaba rápido para que no la vieran y así evitar que se burlaran del color tan extraño de su piel.

Un día, Luisa caminaba por la isla cuando se encontró con un grupo de lagartijas verdes que miraban unas bananas deliciosas colgando del árbol más alto de la isla. Ninguna se animaba a subir y cuando vieron a Luisa le preguntaron si podía ayudarlas.

Luisa no le tenía miedo a las alturas porque, para que no la vieran, vivía en las ramas más altas de los árboles. Así que decidió vencer su timidez y les dijo que con mucho

gusto las iba a ayudar.

No solo les alcanzó las bananas que querían, sino que también les enseñó cómo lo había hecho. Les explicó cómo recorrer los largos troncos sin caerse y a elegir las ramas adecuadas para llegar a las frutas más maduras. Además, les enseñó a caminar bien ligero, como hacía ella, para protegerse de otros animales de la isla.

Desde ese día, Luisa se convirtió en la líder de las lagartijas de la isla. Siempre la llamaban cuando necesitaban ayuda para vencer sus miedos o aprender nuevas habilidades.

Luisa comenzó a disfrutar de compartir paseos y celebraciones. Entendió que no tenía nada de malo tener un color diferente y se sintió muy querida por sus nuevas amigas, las lagartijas verdes de la isla.

Úrsula, la urraca única

Úrsula es una urraca muy vanidosa. Le gusta mirarse largamente en el espejo para apreciar su bello plumaje. Úrsula canta muy feo, pero ella cree que tiene una voz muy linda y la presume con todos sus amigos. En cada fiesta se ofrece como cantante. De nada sirve que los anfitriones le agradezcan y, al mismo tiempo, le digan que no es necesario que cante. Úrsula está convencida de que son todos sus rendidos admiradores e igualmente canta con su voz aguda y chillona.

A Úrsula le gustan mucho las cosas brillantes. Vuela lejos buscando todo tipo de baratijas. Se entusiasma cuando encuentra un adorno navideño roto y tirado en la basura. Todo lo que importa es que es rojo y brillante. Un día encontró un globo metálico desinflado mientras volaba sobre el parque. Acababa de terminar una fiesta de cumpleaños y el basurero estaba lleno de tesoros.

Había gorros de cumpleaños con pompones brillantes, anillos plásticos con piedras falsas y restos de papel

aluminio con los que empacaron las sobras de la torta. Úrsula estaba entusiasmada y voló varias veces para llevar todo lo que quería a su casa. Úrsula piensa que es una urraca única por sus talentos para cantar y decorar.

Para celebrar el fin del año escolar, la maestra Adriana organizó un concurso de talentos. Todos los animales se anotaron para participar y demostrar lo que mejor sabían hacer.

Úrsula vio la gran oportunidad de impresionar a todos con su canto tan único. Hasta se sintió un poquito mal, porque pensaba que ninguno de los otros animales tendría oportunidad de ganar compitiendo contra ella.

La maestra Adriana le pidió a Úrsula que se hiciera cargo del escenario.

—Úrsula, vos tenés muy buen gusto. Ayúdanos a decorar el escenario —le dijo.

—No sé si me quedará tiempo de ayudar, maestra, tengo

que elegir una canción y practicarla —le respondió.

—Pensalo bien, podés hacer las dos cosas —le aseguró la maestra, preocupada de los sentimientos de Úrsula si no ganaba el concurso.

Al final, tanto alabó su buen gusto y habilidades como decoradora, que Úrsula aceptó. Al fin, pensó, solamente yo podría hacer un escenario digno de mi talento.

Úrsula se puso a trabajar, buscó papeles brillantes y guirnaldas en lugares muy lejanos. El resto del tiempo lo pasaba practicando la canción con la que, pensó, ganaría. Los días pasaron y el escenario lucía maravilloso. Todos esperaban con ansias el día del concurso, pero especialmente los vecinos de Úrsula a quienes no dejaba dormir con sus constantes chillidos.

El día antes del concurso, Úrsula redobló sus esfuerzos. Aunque llovía mucho había volado todo el día para dar los últimos toques al escenario y pasó toda la noche cantando.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la escuela, vio a los animales admirando su maravilloso escenario. Abrió la boca para agradecer los halagos, pero no salió ningún sonido. Intentó cantar, pero en vano, estaba completamente muda. Como pudo, por señas, trató de comunicarse con la maestra Adriana.

—¡Cuánto lo siento Úrsula! Me imagino que te enfermaste por haberte esforzado tanto. Vas a tener que esperar para competir el próximo año.

Úrsula tuvo que sentarse con el público y ver a sus compañeros participar. Hubo actos de magia, bailes y, por supuesto, canciones. Úrsula se desesperaba con cada nuevo acto, comparándolo con lo que imaginaba su gran talento. Finalmente cantó el jilguero. Todos los animales escucharon sorprendidos. ¡Qué canción tan hermosa!

Por supuesto, el jilguero ganó el concurso. Para Úrsula fue un golpe terrible. Sin embargo ella reconoció que no

hubiera tenido oportunidad de ganar y se sintió muy triste. Entonces, escuchó a la maestra Adriana decir:

—Además de reconocer a nuestro ganador, el jilguero, voy a pedirles que aplaudan a nuestra decoradora, Úrsula.

Al escuchar su nombre y los aplausos, Úrsula se reanimó. Subió al escenario a recibir sus aplausos y pronto se le olvidó que no había ganado el concurso. ¡Úrsula es una urraca única!

Camilo, el cangrejo confiado

Había una vez un cangrejo llamado Camilo. Camilo era muy curioso y divertido. Le encantaba jugar con su amiga Nancy, la nutria, a la orilla del mar.

Todas las tardes Camilo y Nancy se encontraban para pasear por la playa y jugar a remontar un barrilete de colores. Nancy siempre retaba a Camilo porque era muy confiado y jugaba con el barrilete demasiado cerca de las olas. Aunque ella era una experta nadadora, Camilo no lo era. Sus patas solo le permitían caminar. Pero él siempre le respondía que no se preocupe, que sabía muy bien hasta dónde adentrarse en el mar.

Un día, mientras caminaban por la playa, Camilo vio un hermoso caracol abandonado en la orilla que podía usar de caparazón cuando el suyo le quedara chico. Nancy le advirtió que tuviera mucho cuidado porque esa tarde las olas eran muy altas y se lo podían llevar mar adentro. Camilo le dijo que no iba a pasar nada y fue rápido a la orilla.

Cuando Camilo estaba por agarrar al caracol con sus pinzas, la espuma de una ola lo tapó por completo.

Al notar lo ocurrido, Nancy corrió para atrapar a su amigo antes de que una ola lo sacudiera, pero no tuvo mucha suerte. Después de unos instantes logró divisar dos pinzas que asomaban entre la espuma blanca.

Allí apareció Camilo caminando un poco dolorido hacia la orilla. Nancy, la nutria, abrazó a su amigo y le preguntó si estaba bien. Camilo le pidió perdón por no haberla escuchado. Le prometió que dejaría de ser tan confiado y que, a partir de ese día, tendría mucho más cuidado.

Diana, la koala obediente

Diana era una koala que vivía en la selva con su abuela, Dora. Por las mañanas solían ir juntas a buscar hojas de los árboles para el desayuno y arrancaban con sus brazos fuertes algunas plantas acuáticas de los pantanos.

La abuela Dora era una koala muy sabia que había vivido muchos años en la selva. Como conocía muchos senderos y sabía cómo conseguir los alimentos más nutritivos, Dora le decía a Diana que debía ser obediente y respetar los caminos que ella proponía para no perderse y así evitar encontrarse con animales peligrosos como el tigre. A Diana le encantaba escuchar a su abuela Dora y, como era muy obediente, memorizaba todas sus enseñanzas y le hacía caso en todo lo que ella le aconsejaba.

Una noche, mientras Diana se bañaba en uno de sus ríos favoritos, se acercó otra koala llamada Delia. Delia estaba aburrida y le propuso a Diana ir a recorrer algunos senderos desconocidos de la selva. Le dijo que por uno de esos caminos se llegaba hasta un lugar en donde se

podían admirar todas las estrellas.

En un principio, a Diana le atrajo la idea, pero luego recordó las palabras de su abuela Dora: si tomaba caminos desconocidos podía encontrarse con animales peligrosos. Entonces Diana le agradeció a Delia, pero le dijo que no le había avisado a su abuela y que entonces no podía ir.

Al día siguiente, mientras Diana arrancaba algunas hojas de los árboles, se encontró con Delia y le preguntó cómo le había ido en su expedición. Delia le contó que cuando estaba por llegar al lugar, un tigre peligroso se le cruzó en el camino y ella tuvo que correr a toda velocidad hasta que encontró un río en el que se tiró para librarse de su enemigo.

Diana comprendió que ser una koala obediente la había salvado del peligro y que había hecho bien en no desobedecer a su abuela.

Berta, la ballena buena

En uno de los océanos más profundos de la Tierra, vivía la ballena Berta. Berta era el animal más grande del océano y era muy querida por todos sus amigos acuáticos.

A Berta le encantaba dar saltos por fuera del agua junto con los delfines, que los pececitos de colores le hicieran cosquillas en la panza y que los pulpos con sus largos tentáculos la saludaran desde el fondo del mar.

Una tarde, mientras Berta paseaba, se encontró a su amigo Pedro, el pulpo, y lo vio muy triste. Cuando le preguntó qué le pasaba, le comunicó la mala noticia: un tiburón martillo, que viajaba a gran velocidad, había derribado el arrecife de coral donde vivía y ahora no tenía dónde dormir. A Berta no le gustó verlo tan triste y le dijo que no se preocupara, que ella lo iba a ayudar. Rápidamente, a Berta se le ocurrió una brillante idea: construirle un pequeño refugio hasta que encontrara un nuevo arrecife donde vivir. Pero ¿dónde podía conseguir los materiales?

Entonces se acordó de su buen amigo Eliseo, el buey. Eliseo era muy fortachón y le encantaba trabajar con su carreta. Pasaba muchas horas juntando comida para repartir a los animales del parque. Cuando Berta le pidió ayuda, Eliseo aceptó de inmediato y, en pocas horas, recolectó varias ramas, ladrillos y otros materiales que arrojó al océano para que Berta pudiera construir la casa.

Cuando Berta la tuvo lista, llamó a su amigo y le mostró la sorpresa. Al ver la hermosa casita de mar que Berta había construido, el pulpo Pedro comenzó a saltar de alegría. ¡Estaba encantado con su nuevo hogar! Pero, sobre todo, estaba muy agradecido por tener a una amiga tan buena y generosa y, entonces, rodeó a Berta con sus tentáculos para darle un fuerte abrazo. Berta le explicó que todo lo que hizo fue posible gracias a la ayuda de Eliseo, el buey, y el pulpo Pedro gritó:

—Entonces, ¡viva Berta, la ballena más buena del océano y Eliseo, el buey trabajador!

Ramón, el ratón ruidoso

Ramón es un ratón que vive en el campo. Tiene su escondite en un pequeño rincón de la granja donde guarda alimentos para pasar el invierno. Sin embargo, Ramón tiene mucho cuidado cuando sale a buscar comida porque hay un zorro que espía el granero. Una tarde, Ramón salió a pasear a la hora de la siesta para evitar el peligro, y de pronto vio debajo de un árbol un montón de restos de comida de picnic.

Había pedacitos de quesos, nueces y algunas frutas. Ramón empezó a comer sin parar. ¡Estaba todo tan rico! ¡Era un verdadero banquete!

Pero Ramón estaba haciendo mucho ruido y Sara, la serpiente, que dormía su siesta en una rama, se despertó.

—¿Essss un perro o essss un burro?, —pensó Sara—. ¡Eressss tú, Ramón!, —dijo.

—Esssssstaba en mi sssssiesta hasta que escuché essssse

ruido. Me iré a otra rama sssss tengo mucho sssssueño, —agregó, mientras se desperezaba.

Pero Ramón comía y roía sin parar. La comida estaba deliciosa y quería disfrutar de todo lo bocadillos que había encontrado. Entonces también se despertó Enrique, el erizo, que roncaba en una rama.

—Pero ¿qué haces, Ramón? ¡Ese ruido no me deja dormir! Parecés un tren andando a toda velocidad, —exclamó—. Además, tenés que tener cuidado porque, con tanto ruido, vas a despertar al zorro que anda dando vueltas y va a venir a buscarte.

Ramón le hizo caso a su amigo el erizo. Ser tan ruidoso le daría problemas tanto para él, como para sus amigos. Sin dudarlo un instante, juntó los últimos pedazos de queso para terminar de comerlos en su refugio.

Fernanda, la foca feliz

Fernanda es una foca que creció en un circo. Desde pequeña le enseñaron a hacer trucos en un tanque de agua. Fernanda era famosa. Muchas personas llegaban de todas partes para verla balancear una pelota en su nariz o saltar entre los aros. La gente reía y disfrutaba, pero Fernanda no era feliz.

Cuando el circo cerró, rescataron a Fernanda y la llevaron a un parque natural. Allí viven otros animales marinos, como Berta, la ballena, y dos focas, Felisa y Felipe. Fernanda tomaba sol a la orilla del mar y veía a los otros animales divertirse.

Un día, Fernanda quiso hacerse amiga de Felisa y Felipe. Poco a poco se acercó y les tiró su pelota favorita. Fernanda quería jugar, pero los hermanos no interpretaron eso. Por el contrario, al ver acercarse la gran pelota, Felisa y Felipe rápidamente se sumergieron en el agua y nadaron lejos.

Al ver la reacción inesperada de las focas, Fernanda se quedó en la orilla. Berta, que lo había visto todo, le dijo a Fernanda:

—Escuché que vivías en un circo. Me encantaría ver lo que podés hacer con la pelota.

Fernanda le mostró los trucos que sabía. Felisa y Felipe fueron acercándose poco a poco, con curiosidad. Berta le preguntó a Fernanda si era feliz cuando hacía sus trucos.

—No realmente, —dijo Fernanda—, pero no sé qué otra cosa hacer. Me gustaría nadar como ellos en el mar, pero me da miedo.

—¿Por qué no les pedís que te enseñen? —Le dijo Berta a Fernanda.

Así lo hizo. Felisa y Felipe se sorprendieron de que una foca tan talentosa quisiera aprender algo de ellos. Se sintieron muy entusiasmados de enseñarle y poder

compartir sus juegos. Felipe y Felisa le enseñaron a Fernanda a nadar en el mar y a hacer carreras. En poco tiempo se hicieron amigos. Ella les enseñó los trucos que sabía. Fernanda empezó a sonreír.

Ahora, Fernanda tiene un nuevo hogar donde es libre y tiene amigos. Así, sin darse cuenta, Fernanda por fin fue una foca feliz.

Víctor, el ciervo valiente

Cuando Víctor era apenas un ciervo bebé, vivía con su hermano Valentín y su mamá. Los tres ciervos de cola blanca vivían en el bosque, cerca de un río.
Antes de salir a jugar, su mamá les daba muchas recomendaciones. ¡No se alejen demasiado! ¡No crucen al otro lado del río! ¡No se acerquen a los osos! Pero Valentín era muy imprudente. Le gustaba ir a jugar con sus amigos al otro lado del río, cerca de la casa del oso. Víctor y Valentín se peleaban todo el tiempo.

—No vayas tan lejos. —Gritaba Víctor mientras corría atrás de su hermano.

—Vos sos un venado miedoso, —respondía Valentín—. Yo soy muy valiente, porque no le tengo miedo a nada. Yo sé cuidarme bien, porque soy grande. Mira mis astas, cada día crecen más.

Víctor miraba su reflejo en el agua. Sus astas eran todavía muy pequeñas. Se sentía muy triste, porque a él sí le daba

miedo cruzar el río.

Un día, mientras Víctor jugaba persiguiendo mariposas, escuchó un ruido que venía del otro lado del río. Su hermano estaba atrapado en unas ramas. Víctor escuchó el rugir de un oso que se acercaba. Le tomó solo unos minutos darse cuenta de lo que pasaba. Valentín huía del oso y al correr, sus astas se habían atorado en unas ramas. Sus amigos lo habían abandonado.

Sin pensarlo más, Víctor se tiró al río. Nadó con miedo, pero pudo llegar a la otra orilla. Valentín lloraba muy asustado. Víctor lo tranquilizó con sus palabras. Con sus patas y su hocico logró destrabarlo. Después cruzaron juntos el río y corrieron hasta ponerse a salvo.

Víctor es un venado valiente. Su mamá les explicó que ser valiente no es lo mismo que ser imprudente. Valentín se puso en peligro, pero Víctor venció su miedo para ayudarlo y eso es lo que significa ser valiente.

Lluvia, la llama llorona

Había una vez una llama que se llamaba Flavia, pero todos le decían Lluvia, porque era muy llorona. Lluvia lloraba a mares por cualquier motivo: cuando estaba aburrida, cuando tenía que llevar algo muy pesado y no sabía cómo o cuando tenía que elegir su propia comida.

A sus amigas las confundía que llorara por cosas que tenían solución. La última vez que jugaron a las escondidas, Lluvia lloró un mar de lágrimas por toda la montaña porque no recordaba las reglas del juego.

La madre de Lluvia comenzó a preocuparse. No le gustaba que su hija sintiera tanta frustración por cosas que podía resolver. Entonces decidió llevarla a dar un paseo para conversar con ella y mostrarle que la mayoría de los problemas tienen solución. En el camino se encontraron con muchos amigos que le enseñarían a Lluvia una lección.

Primero, hallaron a Luisa, la lagartija. Lluvia le preguntó si

pasaba algo, porque la notó muy preocupada. Luisa le explicó que muchos animales tenían sed, porque hacía meses que no llovía, pero que estaba esperando a su amigo el camello que había ido a buscar varios baldes con agua del río.

Siguieron caminando y encontraron a Tatiana, la tortuga. Llevaba arriba de su caparazón una pila de mantas. Lluvia vio que Tatiana iba muy apurada así que corrió tras ella para escucharla mejor. Tatiana le contó que estaba llevando mantas para abrigar a los papagayos mientras sus padres volvían a construir el nido que la tormenta de viento les había tirado. Lluvia se sorprendió al ver cómo los otros animales encontraban soluciones frente a las dificultades.

Se dió cuenta de que la mayoría de las veces lloraba por cosas que podrían resolverse. Cuando volvió del paseo con su mamá, juntas pensaron en diferentes soluciones para todo lo que la hacía llorar. Lluvia había decidido dejar de ser la llama llorona.

Armando, el armadillo amoroso

Armando es un armadillo que vive en un bosque muy hermoso lleno de animales. Sin embargo, muchos no se acercan a jugar con él, porque siempre anda solo y se esconde en su caparazón. ¡Muchas veces piensan que usa esa coraza para evitarlos y no tener que charlar!

Pero esto no es así. En realidad, apenas escucha un ruido, Armando se esconde en su caparazón, pues es su forma de cuidarse de otros animales muy peligrosos y no se da cuenta cuando se acercan para invitarlo a jugar. No es que no quiera hacer amigos. Por el contrario, Armando es muy amoroso y piensa mucho en los demás.

Le gusta enseñar a otros armadillos a hacer cuevas para dormir. Colabora con la limpieza del bosque, juntando basura y restos de comida. Por la noche, cuando nadie lo ve, junta frutas y vegetales y los deja en canastos para que otros animales consigan más fácil su alimento.

Un día, Adela, la ardilla descubrió todo lo que Armando

hacía por el bienestar del bosque y le dio pena verlo tan solo. Entonces decidió que era urgente mostrarle a los demás lo amoroso que era. Esa noche, Adela fue de rama en rama, de nido en nido y de arbusto en arbusto, exclamando:

—¡Despierten todos! ¡Hay una sorpresa en el medio del bosque!

Todos los animales corrieron para ver qué era. Armando no se dio cuenta y no llegó a esconderse adentro de su caparazón. Todos pudieron verlo juntando moras, hojas, peras, hierbas y frutillas en canastos gigantes para ellos. Entonces se acercaron a Armando, lo abrazaron y le pidieron disculpas por dejarlo solo injustamente. Entendieron que las apariencias pueden engañar y que, adentro de ese duro caparazón, se escondía el armadillo más amoroso del bosque.

Gabriela, la garza golosa

Gabriela, la garza, pasea todos los días por el parque natural y siempre juega con otras garzas. Un buen día, amaneció con una gran idea.

—Quiero tener de amigos a otros animales, —le dijo Gabriela a su mamá. Quería contarle a otros animales sobre los gustos de las garzas.

En su camino se encontró con Eliseo, el buey y Margarita, la vaca. Gabriela les preguntó si podía ser su amiga y ellos no dudaron ni un momento en responder que sí. Mientras paseaban juntos, Gabriela les contó que su comida favorita eran los peces, pero también los insectos le parecían deliciosos. Sus preferidos eran los que tenían sabor dulce.

Eran su golosina preferida. Y luego, comenzó a enumerar un sinfín de insectos y se le hacía agua la boca solo de pensar en ellos. Gabriela era una garza golosa.

Eliseo y Margarita se sorprendieron mucho y le contaron que, justo los insectos que Gabriela comía como golosinas, a ellos les molestaban mucho. Hacían ruido y les picaban los lomos y, por esa razón, los espantaban con sus colas durante todo el día. No podían creer que algo que para ellos era muy molesto, fuese tan preciado para su nueva amiga.

En ese momento se dieron cuenta de que, además de divertirse paseando juntos, se podían ayudar mutuamente. Eliseo y Margarita ayudaban a Gabriela a conseguir alimentos dulces y ella les sacaba de encima los insectos que los molestaban.

Gabriela estaba muy contenta de haber encontrado nuevos amigos y de poder ayudarlos a estar más cómodos gracias a que era muy golosa.

Yasmin, la yegua del campo

Yasmin es una yegua que vive en el campo. Lo que más le gusta de vivir allí es la cantidad de comidas distintas que se pueden encontrar. Yasmin suele inventar diferentes recetas para probar platos nuevos. También le gusta mucho trotar y encontrarse con su amiga Yolanda. A menudo, Yasmin la espera en un arroyo y se bañan para refrescarse.

Un día, Yasmin le contó a Yolanda los desayunos que le preparaba su madre cuando volvían de sus paseos. Le describió el dulce melón de los lunes, la sabrosa banana de los martes y las ácidas frutillas de los miércoles. Y así siguió describiendo los desayunos de cada día de la semana. Pero cuando Yasmin nombró el delicioso batido de coco de los domingos, Yolanda le confesó que a ella le daba miedo probar cosas nuevas y que solo desayunaba naranja. La única fruta que hasta el momento había probado.

Una mañana, Yasmin pasó a buscar a Yolanda para su

paseo y le dijo:

—Hoy vamos a hacer algo diferente. Vengo a invitarte a desayunar en mi casa.

Yolanda no estaba segura de que fuera una buena idea. ¿Y si no le gustaba nada de lo que había preparado Yasmin?, ¿y si no había naranja? Yolanda le aseguró que su fruta favorita estaba en el menú, pero debía aceptar un desafío: para llegar a comer la naranja, antes debía probar al menos cuatro frutas y verduras nuevas que ella misma había cortado y preparado. Yolanda, entonces, aceptó la invitación.

Cuando llegaron a la casa de Yasmin, en la mesa había un banquete con sabrosas frutas y nutritivas verduras que formaban un abanico de colores muy tentador. Yolanda comenzó a darle con desconfianza un pequeño mordisco a un pedazo de melón. Pero, de repente, sus ojos se iluminaron y se preguntó cómo pudo perderse durante tanto tiempo ese sabor. Entonces Yolanda comenzó a probar todo lo que su amiga le había

preparado. Yasmin no podía estar más feliz.

Cuando terminaron de comer, Yasmin y Yolanda se fueron trotando por el campo. Ambas estaban felices de que Yolanda se hubiera animado a probar nuevos sabores. Yasmin exclamó: —¡Qué lindo es compartir un buen desayuno con mi amiga en el campo!

Jorge, el jaguar juguetón

Jorge era un jaguar que había sido rescatado de un circo. Estaba muy flaco cuando llegó al parque natural y tenía mucho miedo de los cuidadores. Pero ahora caminaba feliz porque sabía que nadie iba a hacerle daño.

Jorge era muy diferente a los otros jaguares. A él no le gustaba cazar, prefería jugar. Antes, en el circo, cuando no estaba trabajando, se la pasaba jugando con las pelotas de los payasos. Ahora, se la pasa jugando en su árbol. También jugaba a las escondidas con Irene, la iguana y con Sara, la serpiente.

Un día, Jorge se escondió entre unos árboles muy altos cerca del río. Cuando pasaba por allí Octavio, el perezoso, Jorge saltó de entre los árboles y Octavio corrió muy rápido a su árbol, como no lo había hecho en su vida. Luisa, Sara y Jorge no podían creer lo rápido que había corrido Octavio para escapar.

¡Jorge, el juguetón, había logrado que Octavio fuera, por

primera vez, el más rápido! Pero Octavio desde lo alto de su árbol le gritó a Jorge que estaba enojado.

Jorge quería pedirle disculpas a Octavio, porque quería volver a ser su amigo. Rápidamente, fue a su casa y revolvió canastos y cajones llenos de juegos y juguetes, hasta que encontró el que era perfecto para su amigo perezoso: el ajedrez. Octavio podía tomarse todo el tiempo que quisiera para pensar su jugada. Entonces volvió al árbol donde estaba Octavio y trepó hasta la rama donde descansaba.

—Traje un juego que te va a encantar, —le dijo Jorge.

Con mucho cuidado para no asustar a Octavio, Jorge apoyó el tablero de ajedrez en una de las ramas. Al verlo, Octavio le devolvió lentamente una sonrisa. Jorge había pensado en un juego en el que él también se sintiera cómodo y, además, el ajedrez era su juego favorito.

¡Qué buen amigo era Jorge, el jaguar juguetón!

Chachi, el chimpancé chistoso

Chachi era un chimpancé al que le gustaba mucho hacer bromas. Los demás chimpancés le decían «Chachi, el chistoso». Por lo general se divertían mucho con él, aunque a veces se cansaban de que todo el tiempo hiciera bromas.

Un día, Chachi estaba jugando con su amigo Checho, otro chimpancé. A Chachi se le ocurrió hacerle un chiste, aprovechando que Checho estaba distraído. Chachi lo empujó un poco para asustarlo, pero como lo tomó desprevenido, Checho terminó cayendo a un charco de barro.

Lo que Chachi no sabía es que cerca de allí estaba China, la pantera, que escuchó el ruido en el barro y se apresuró para ver si podía conseguir una nueva presa.

Apenas lo vio, Chachi se tiró al charco, rescató a Checho y los dos treparon el primer árbol que encontraron. ¡Qué susto se llevaron!

Chachi abrazó a Checho y le dijo:

—Disculpame, Checho. No quería que estés en peligro. Solo quería hacerte una de mis bromas. A partir de hoy, voy a tener mucho más cuidado con mis chistes y ya no seré Chachi, el chimpancé chistoso, sino Chachi, el chimpancé cuidadoso.

Y al ver que Chachi había reconocido su error, Checho lo abrazó y bajaron juntos del árbol para volver a jugar.

Calixto, el axolote exagerado

Calixto era un axolote que vivía en el desierto. Todos los animales le decían Calixto, el exagerado. Si había comido una pequeña porción de torta, Calixto contaba que se la había comido entera. Si había que escribir un pequeño cuento para la escuela, Calixto decía que había escrito una novela. Si había dado un paseo corto, según Calixto, había recorrido el desierto entero.

Al principio, a sus familiares y a sus amigos les causaba simpatía su tendencia a exagerar las cosas, pero, con el tiempo, se empezaron a cansar de sus anécdotas exorbitantes y, cada vez que Calixto contaba algo, se acostumbraron a minimizar muchos detalles de sus historias. Sabían que solo había comido una o dos porciones de torta, que había escrito un cuento corto y que en sus paseos solo caminaba unos pocos kilómetros.

Llegó el día del cumpleaños de Calixto y con bombos y platillos, anunció una extraordinaria fiesta con 300 invitados, 20 tortas, miles de globos de todos los colores y

sombreros para todos los que asistieran a su festejo.

Todos pensaron que Calixto, una vez más, estaba exagerando. Pero el día de la fiesta se llevaron una gran sorpresa. Una multitud de osos junto con manadas de ciervos y alces, un rebaño de ovejas y una bandada de kiwis y papagayos comenzaron a llegar. Un verdadero banquete de tortas de cumpleaños, coloridas y de varios pisos, estaban puestas en la mesa principal.

Una infinidad de asombrosos globos adornaban el desierto y había hermosos sombreros para todo el mundo. Todo lo que había prometido Calixto estaba en su extraordinaria fiesta de cumpleaños. ¡Calixto, el axolote, esta vez no había exagerado!

Toño, el ñandú soñador

Toño es un ñandú que vive con su familia en Uruguay. Toño se la pasa soñando despierto. Por eso sus amigos lo llaman Toño, el ñandú soñador. Cuando pasa cerca de troncos de leña, Toño se imagina que los leños cobran vida en la noche y bailan a la luz de las estrellas.

Cuando camina por un cultivo de hongos, imagina que los hongos son los paraguas de gnomos diminutos. Cuando recorre las montañas, desde las altas cumbres observa el paisaje y se imagina que vuela muy alto con sus alas.

Un día, mientras Toño iba al mercado, se puso a pensar en que podía ser un excelente maratonista y comenzó a imaginarse corriendo por las pistas, ganándole a las liebres y a las lagartijas, todo el público ovacionando al gran campeón Toño. Hasta que de repente... ¡Toño se dio cuenta de que, de tanto soñar y soñar, se había pasado del mercado! ¡Y justo esta vez su mamá le había pedido que volviera rápido con los ingredientes para preparar la torta de cumpleaños de su hermano!

A toda velocidad, Toño volvió al mercado y compró todo lo que su mamá le había pedido. Entendía que por andar soñando despierto, su hermano casi se quedaba sin torta de cumpleaños.

Toño comprendió que soñar despierto era muy lindo, pero siempre y cuando no se perdiera las cosas importantes que tenía que ver y hacer.

Zulma, la zarigüeya de los zapatos azules

Zulma es una zarigüeya que ama el color azul. Tiene una taza azul, un tapiz con flores azules y también un lápiz azul que guarda como un tesoro. Esconde todas sus cosas en un zapallo seco y lo ata con una cinta azul. ¡Pero lo que más ama Zulma son sus zapatos azules! Todos los días los limpia, los lustra y luego los pone de nuevo en su zapallo seco. Solo los usa para ocasiones especiales porque no quiere arruinarlos.

Un día, cuando llegó a su casa, Zulma vio que alguien había abierto su zapallo de los tesoros. El lazo estaba tirado, el tapiz colgaba de una hoja, la taza azul estaba llena de agua y sus zapatos azules... ¡no estaban por ningún lado! ¡se enojó mucho!

De pronto, Zulma vio que algo o alguien se movía tratando de esconderse detrás de una zanahoria. ¡El corazón de Zulma saltó del susto!

Zulma agarró con cuidado su lápiz azul y corrió la

zanahoria. Y allí estaba una zarigüeya bebé, ¡con los zapatos azules puestos! Zulma le preguntó quién era. La bebé contestó que su nombre era Zaida. Estaba perdida y buscaba a su familia, pero vio los zapatos azules y no pudo resistirse a probárselos, aunque le quedaran grandes.

A Zulma le causó mucha ternura la zarigüeya bebé, la abrazó y le dijo:

—Me diste un gran susto, pero no te preocupes, Zaida. Voy a ayudarte a encontrar a tu familia y, mientras tanto, podés usar mis zapatos azules. Me encanta que te hagan tan feliz como a mí.

Luego de ayudar a que Zaida se reencontrara con su familia, Zulma volvió para guardar sus tesoros en el zapallo seco. Pero algo había cambiado hoy: compartir sus adorados zapatos azules la había hecho muy feliz. Desde ese momento, cada vez que alguna zarigüeya vecina se los pedía prestados, Zulma no dudaba en entregarlos y pensaba «¡lo bueno se comparte!»

Guillermina, el águila guerrera y Agüita, la cigüeña bilingüe

Agüita es una cigüeña que vive en dos ciudades muy lejanas. Cuando es verano en Europa, se va a París, y cuando allá es invierno, vuelve a Panamá. Agüita es una cigüeña bilingüe, porque sabe hablar español y aprendió también a hablar francés.

En uno de sus viajes, conoció a Guillermina, el águila. Agüita quería mucho a Guillermina, porque siempre peleaba contra las injusticias. Defendía a los animales indefensos y era capaz de enfrentarse a los que por ser grandes se creían superiores a los demás. Guillermina era un águila guerrera.

Un día ocurrió algo inesperado: Agüita se encontró con Guillermina y vio que se había lastimado la pata. Al preguntar qué había pasado, Guillermina explicó que se había lastimado defendiendo a una de sus hermanas de una malvada serpiente. Agüita le preguntó si quería que la acompañara al veterinario, pero Guillermina le dijo que

ya había ido. Debía curarse con un ungüento que el doctor le había dado para comprar, pero como las instrucciones estaban en francés, aún no sabía cómo usarlo.

—No te preocupes, —le contestó Agüita—. Hoy es tu día de suerte.

Como Agüita es bilingüe, le pidió las instrucciones a Guillermina, sacó sus lentes y comenzó a leerlas con detenimiento. Guillermina podía escuchar que Agüita susurraba las palabras en francés, pero no entendía verdaderamente lo que decía. Finalmente, Agüita terminó de leer las instrucciones y le explicó a Guillermina cómo usar el ungüento. Así, Guillermina pudo curar su pata y sentirse mejor. Agüita se sintió muy bien por haber ayudado a una de las mejores amigas que sus viajes por el mundo le habían regalado.

Gertrudis, la gineta genial y Hernando, el halcón hermoso

Gertrudis, la gineta, es especialista en preparar gelatinas. Todos los días prepara gelatinas de muchos sabores y colores, y las decora con sus flores favoritas: los girasoles y los geranios. A Gertrudis le gusta compartir sus gelatinas con todos sus amigos y a ellos les encantan los sabores que ella inventa, porque son muy originales.

Un día Gertrudis se encontró con Hernando, el halcón hermoso. Lo llamaban así, no solo por sus plumas vistosas y su vuelo extraordinario, sino pues era también hermosa su forma de ser: siempre pensaba en los demás y era muy generoso.

Ese día Hernando estaba desanimado porque quería armar una biblioteca para que todos los animales tuvieran dónde leer y estudiar, pero necesitaba plata para comprar los libros.

A Gertrudis se le ocurrió una idea genial: hacer una venta

de gelatinas. Con la plata que juntaría, iba a poder ayudar a Hernando. A Hernando le encantó la idea:

—¡Yo te ayudo a prepararlas!, —le dijo.

Así fue como Gertrudis y Hernando hicieron muchas gelatinas que decoraron con geranios, gladiolos y girasoles. Organizaron un festival y todos los animales del bosque se acercaron a comprar esas gelatinas deliciosas y únicas, que ayudarían a Hernando a cumplir su sueño.

El festival fue un éxito y Hernando pudo comprar muchos libros para inaugurar su biblioteca. Compró libros con cuentos sobre gigantes, gitanos y genios, y también manuales de geometría y geografía para estudiar. Hernando le agradeció a Gertrudis por idear un plan tan genial.

Quique, el quetzal querido y Celia, la cebra celosa

Celia es una cebra que tiene pocos amigos porque es muy celosa. A ella no le gusta que sus hermanas y hermanos hablen con otros animales, y cada vez que sus amigos juegan sin ella, Celia se enoja. Un día salió a dar un paseo y a lo lejos vió a su amigo Mario el mono. Mientras se acercaba para saludarlo, vio que Mario conversaba con un ave de plumas coloridas y brillantes: era Quique, el quetzal. Los dos se reían y parecían divertirse mucho.

¡Cómo era posible! Mario no le había contado que iba a encontrarse con Quique. Justo con Quique, que era tan simpático y querido, y a quien todos siempre invitaban a jugar, pensó Celia.

Celia sentía que Mario la había reemplazado por Quique. Tenía miedo de que ya no quisiera jugar con ella. Sintió tanta rabia que decidió volver a su refugio sin saludar a su amigo. Pero Quique había visto a Celia merodeando y, como conocía su fama de celosa, se imaginó la razón por

la que se había ido sin saludar.

A Quique le daba pena que Celia se pusiera tan mal. Mario le había contado lo divertida que era: siempre inventaba nuevos juegos y le gustaba salir a pasear. Quique quería ser su amigo. Entonces decidió volar hasta la casa de Celia y hablar con ella. Cuando vio a Quique en su puerta, Celia se sorprendió, pero decidió quedarse a escucharlo.

Quique le explicó que Mario, el mono, la quería mucho y que había hablado maravillas sobre ella. Le recordó que era muy valioso atesorar a los amigos, pero que era una pena perderse de estar con ellos por sentir celos. Quique también quería conocerla y ser su amigo. Celia entendió que por ponerse celosa se estaba perdiendo un gran compañero de aventuras.

Desde ese día, Celia la cebra y Quique el quetzal se hicieron muy amigos y jugaron. Quique le había enseñado una gran lección a Celia.

Actuar por la Educación cuenta con el apoyo de la **Fondation du Collège de France** y sus mecenas **LVMH**, la **Fondation Engie**, la **Fondation Covéa** y **Stellantis**. Kalulu también cuenta con el apoyo de la **Fondation Jean-François de Clermont-Tonnerre**.

COLLÈGE DE FRANCE 1530

excello Recherche & Éducation

ACTUAR POR LA EDUCACIÓN
UN RETO CIENTÍFICO PARA LA SOCIEDAD

Tipo de letra: Muli, Copyright (c) 2011 by Vernon Adams (vern@newtypography.co.uk).
Cursive standard, https://fr.fonts2u.com/cursivestandard.police
Las páginas se generaron gratuitamente en el : www.desmoulins.fr
Kalulu Phonique licença CC BY-SA 4.0.
Encuentre todo nuestro material didáctico en
excellolab.org